

— Pero, papá, ¿no has dicho el otro día que el Rey indultaba? preguntó Francisco.

— El Rey no puede dar más que la vida, le respondió Juan medio enfadado.

Diard y Juana, espectadores de esta escena, se vieron afectados diversamente. La mirada húmeda de gozo que su mujer dirigió al mayor, reveló fatalmente al marido los secretos de un corazón impenetrable hasta aquel día. El mayor era todo el sér de Juana; el mayor, Juana le conocía; estaba segura de su corazón, de su porvenir; le adoraba, y su ardiente amor por él fué siempre un secreto entre ella, su hijo y Dios. Juan gozaba instintivamente de los arrebatos de su madre, que le estrechaba hasta ahogarle cuando estaban solos, y que le demostraba despego delante de su hermano y de su padre. Francisco era Diard, y los cuidados de Juana por él tendían á combatir en el hijo los defectos del padre, y de alentar las buenas cualidades. No sabiendo Juana que sus ojos habían hablado muy alto, cogió á Francisco, le sentó sobre sus rodillas y le dió, con voz dulce pero conmovida aún por el placer que la causó la respuesta de Juan, una lección adecuada á su inteligencia.

— Su carácter reclama sumo cuidado, dijo el padre á Juana.

— Sí, respondió ella sencillamente.

— Pero Juan!...

La señora Diard, aterrada del acento con que fueron pronunciadas estas dos palabras, miró á su marido.

— Juan nació perfecto, añadió su marido. Esto diciendo se sentó con aire sombrío; y viendo que su mujer callaba, la dijo: — Hay uno de *vuestros* hijos al que amais preferentemente.

— Bien lo sabeis, dijo ella.

— ¡No! replicó Diard: hasta hoy había ignorado á quién preferiais.

— Ni uno ni otro me han dado aún motivo de disgusto, replicó ella vivamente.

— Sí, pero ¿quién os ha causado más alegrías? preguntó él con más viveza aún.

— Yo no las he contado.

— ¡Qué falsas son las mujeres! exclamó Diard. Atreveos á decir que Juan no es el hijo de vuestro corazón.

— Y aunque esto fuera, replicó ella con nobleza, ¿quereis tenerlo por una desgracia?

— Vos no me habeis amado jamás. Si hubiera sido vuestra voluntad, por vos hubiera yo podido conquistar imperios. Bien sabeis todo lo que he intentado, estando animado sólo por el deseo de complaceros. Ah! si me hubieseis amado.....

— Una mujer que ama, dijo Juana, vive

en la soledad y alejada del mundo. ¿No es esto lo que nosotros hacemos?

— Ya sé, Juana, que siempre tienes razón.

Esta palabra fué impregnada de una amargura tan profunda que enfrió á los dos esposos para todo el resto de su vida.

Al día siguiente á este día fatal, Diard fué á casa de un antiguo camarada y volvió á hallar las distracciones del juego. Despues, resbalando por una pendiente insensible, volvió á caer en la antigua vida de disipacion. Pronto dejó de comer en casa. Pasados algunos meses en que gozó de su independencia, quiso conservar la libertad y se separó de su mujer, la dejó las habitaciones importantes de la casa, y él se alojó en un entresuelo. Al cabo de un año Diard y Juana no se veian más que por mañana á la hora de almorzar. En fin, tuvo sus alternativas de pérdidas y ganancias como todos los jugadores. No queriendo, en consecuencia, tocar al capital que constituia su fortuna, quiso sustraer las rentas á la intervencion de su mujer, lo cual un día la quitó la parte que tenia en el gobierno de la casa. A una confianza ilimitada sucedieron las precauciones de la desconfianza. Con respecto al dinero que habia sido comun entre ellos, adoptó el todo de una pensión mensual para su

pos, que ellos fijaron juntos: la conversacion que tuvieron con este motivo fué la última de esas conversaciones intimas que son uno de los encantos de más atractivos en el matrimonio. El silencio entre dos corazones es un verdadero divorcio consumado desde el día en que no se vuelve á pronunciar la palabra *nosotros*. Juana comprendió que á partir de este día ya no era más que madre, y se consideró feliz sin averiguar la causa de tal desgracia. En esto se equivocó grandemente. Los niños hacen á los esposos solidarios de su vida, y la vida secreta de su marido no debia ser solamente para Juana un motivo de melancolía y de angustias. Diard, emancipado, se acostumbrió pronto á perder ó á ganar cantidades fabulosas. Admirable jugador, y gran jugador, se hizo célebre por su manera de jugar. La consideracion que no pudo lograr durante el Imperio, alcanzó durante la Restauracion por su fortuna capitalizada que rodaba sobre el tapete, y por su talento para todos los juegos, que se hizo famoso. Los embajadores, los más caudalados banqueros, las personas que tenian una gran fortuna, y todos aquellos que despues de haber vivido muy aprisa se legaban á pedir al juego sus placeres sin cuento, admitieron á Diard en sus círculos, y pocas veces en sus casas, y todos jugaron

con él. Diard se hizo de moda. Por orgullo, una ó dos veces en la temporada de invierno, daba una fiesta para devolver las atenciones recibidas. Entonces volvía Juana á ver el mundo por estos intervalos de festines, bailes, lujo y luz; pero eran para ella una especie de contribucion impuesta sobre la dicha de su soledad. Ella, la reina de estas solemnidades, aparecía como una criatura caída allí de un mundo desconocido. Su candidez, que nada había corrompido; su hermosa virginidad de alma que las nuevas costumbres de su nueva vida la restituyeran; su hermosura, su verdadera modestia le conquistaron sinceros homenajes. Pero al ver en sus salones pocas mujeres, comprendió que, si su marido seguía, sin comunicárselo, un nuevo plan de conducta, nada había ganado de estimacion en el mundo.

No siempre favoreció la fortuna á Diard en tres años disipó las tres cuartas partes de su fortuna; pero su pasión le dió suficiente energía para reponerla. Había hecho muchas relaciones, principalmente con esos corrompidos de la Bolsa, con esos hombres que desde la revolución han proclamado como principio que el robo hecho en grande no es más que un *punto negro* trasportando así á la burocracia las máximas desvergonzadas que en amor profes

el siglo diez y ocho. Diard se hizo hombre de negocios, y se enredó en esos negocios llamados *de maca* en el caló de palacio. Supo comprar á algunos pobres diablos, que no sabían lo que eran oficinas, ciertas liquidaciones eternizadas que él acababa en un sarao, compartiendo las ganancias con los liquidadores. Más tarde, cuando le faltaron deudas á liquidar, buscó deudas flotantes, desenterrando en los Estados europeos, berberiscos ó americanos, reclamaciones caducadas que él resucitaba. Cuando la Restauración hubo satisfecho las deudas de los príncipes, de la República y del Imperio, logró concesiones de empréstitos, canales y toda clase de empresas. En fin, practicó el robo decente á que se han dedicado tantos hombres hábilmente disfrazados ú ocultos tras de los bastidores del teatro político; robo que, hecho en la calle y á la luz de un farol, lleva á un desgraciado á presidio, pero que el oro de las molduras y de los candelabros sancionan. Diard acaparaba y revendía azúcares, vendía empleos, y tuvo la gloria de inventar el *testaferro* para los empleos lucrativos, que era necesario conservar cierto tiempo ántes de tener otros. Además pensaba las primas, estudiaba la manera de eludir las leyes, hacia un contrabando legal.

En una palabra, llegó á negociar el *tanto*

por ciento de la compra de los quince votos que en una sola noche pasaron de los bancos de la izquierda á los bancos de la derecha del Congreso. Semejantes acciones ni son crímenes ni robos; esto se llama gobernar; dedicarse en comandita á la industria; ser una cabeza financiera.

La opinion pública sentó á Diard en el banco de la infamia, donde se sentaba ya más de un hombre hábil. Allí se encuentra la aristocracia del mal. Es la cámara alta de los criminales de buen tono. Diard no fué uno de esos trapisondistas vulgares que el drama pinta innobles y concluyen por mendigos; es tipo que no existe ya á cierta altura topográfica en la sociedad. Hoy estos bribones osados mueren brillantemente uncidos al vicio y con los arreos de la fortuna. Van en carroza á saltarse la tapa de los sesos, llevándose todo lo que se les ha dado á crédito. Diard, al menos, tuvo el talento de no comprar sus remordimientos al menudeo, y se convirtió en uno de estos seres privilegiados. Habiendo aprendido todos los resortes del Gobierno, todos los secretos y pasiones de los hombres públicos, supo mantenerse en su puesto en la ardiente hornaza donde se habia arrojado.

Madame Diard no tenia noticia de la vida infernal que traia su marido. Contenta del abandono en que la dejaba, nada le

extrañaba, pues tenía bien ocupado todo su tiempo. Habia consagrado su dinero á la educacion de sus hijos; á pagar un preceptor habilísimo, y todos los profesores necesarios para una completa enseñanza. Quería hacer de sus hijos hombres, ilustrar su razon rectamente sin desflorar su imaginacion. No teniendo más sensaciones que las que por ellos recibía, no le daba pena la triste vida que llevaba; eran para ella sus hijos lo que suelen ser los hijos para muchas madres durante largo tiempo, una especie de continuacion de su existencia. Diard no era más que un accidente, y desde que habia cesado de ser el padre, el jefe de la familia, Juana no tenia más lazos con él que los que la ostentacion social imponia á ambos esposos. No obstante, inculcaba á sus hijos el mayor respeto hácia el poder paterno, por imaginario que para ellos fuese; y en sus intentos fué felizmente secundada por la ausencia continua de su marido. Permaneciendo en casa Diard hubiera inutilizado los esfuerzos de su esposa. Sus hijos tenian ya demasiado tacto y perspicacia para no apreciar la conducta de su padre. Juzgar á su padre es un parricidio moral. A pesar de todo, la indiferencia de Juana por su marido fué desapareciendo con el tiempo. Este sentimiento primitivo llegó hasta convertirse en terror. Vino

un día en que comprendió que la conducta de un padre puede influir largo tiempo sobre el porvenir de sus hijos, y su ternura maternal la reveló algunas veces la verdad, aunque incompleta. Poco á poco, la aprension de una desgracia desconocida, pero inevitable, bajo cuya idea habia vivido siempre, se hizo más viva y más intensa. Así es que en los cortos momentos que Juana veía á Diard, echaba sobre su faz demacrada, lívida, de las noches en claro, arrugada por las emociones, una mirada penetrante cuya limpidez hacía casi estremecer á Diard. Entónces la alegría supuesta de que alardeaba su marido le asustaba más aún que las sombrías manifestaciones de su inquietud, cuando por casualidad se olvidaba de su papel alegre. El tenía á su mujer como el criminal tiene al verdugo. Juana miraba en él la vergüenza de sus hijos, y Diard temía en ella la venganza tranquila, una especie de justicia con la frente serena, el brazo siempre levantado, y siempre armado con la espada.

Después de quince años de matrimonio, Diard se vió un día sin recursos. Debía cien mil escudos y apenas tenía cien mil francos. Su palacio, su sólo bien visible, estaba hipotecado en más de su valor. Pocos días faltaban para que se desvaneciera el prestigio de que le habia revestido la opu-

lencia. Pasados estos días, ni una mano se le tendería ni se le abriría una bolsa. Después, á no suceder algo favorable, iría á caer en el lodazal del desprecio, más bajo acaso de lo que debía, precisamente por haberse sostenido á una altura indebida. Afortunadamente para él, supo que durante la temporada de las aguas se encontrarían en las de los Pirineos extranjeros de distincion, diplomáticos, jugando todos infernalmente, y sin duda provistos de gruesas sumas. Tomó, pues, la resolucion de partir inmediatamente para los Pirineos. No quiso dejar en París á su mujer, á quien algunos acreedores podrian revelar el espantoso misterio de su situacion, y la llevó con sus dos hijos, rehusándoles hasta el preceptor. No llevó consigo más que un ayuda de cámara, y apenas permitió á Juana conservar su camarera. Su tono era imperioso; parecia que habia recobrado energia. Este viaje repentino, cuya causa no podia penetrar, produjo á Juana un secreto terror que la heló. Su marido estuvo muy alegre por el camino, y obligados á estar juntos en la berlina, el padre fué cada día más atento con los niños y más amable con la madre. Esto no obstante, cada día tambien aumentaban los siniestros presentimientos de Juana, presentimientos de las madres, que tiemblan sin aparente

motivo, pero que rara vez se engañan cuando tiemblan así. Para ellas el velo del porvenir parece más ligero.

En Burdeos alquiló Diard, en una calle tranquila, una casita tranquila, limpiamente amueblada, y alojó en ella á su mujer. Esta casa estaba situada casualmente en uno de los extremos de la calle, y tenia un gran jardin. No dando más que por un lado á la casa inmediata, tenia vistas y era accesible por los otros tres. Diard pagó el alquiler, y no dejó á Juana más que el dinero estrictamente necesario para el gasto de un trimestre; apenas le dió cincuenta luises. La Señora Diard no se permitió hacer observacion alguna por semejante tacañería. Cuando su marido le dijo que se iba á tomar las aguas y que ella debía permanecer en Burdeos, Juana concibió el plan de enseñar con más latitud á sus hijos el español y el italiano, y de hacerles leer las dos principales obras maestras de estas lenguas. Iba á hacer una vida retirada, sencilla y naturalmente económica. Para ahorrarse las molestias que la vida material ocasiona, contrató la alimentacion con un hostelero al dia siguiente de marcharse Diard. Le bastaba su camarera para su servicio, y aunque se vió sin dinero, estaban provistas todas sus necesidades hasta la vuelta de su marido. No iba á tener más

diversiones que pasarse algunas veces con sus hijos. Tenia entónces treinta y tres años. Su belleza en todo su desarrollo brillaba esplendorosa. Así es que desde que se exhibió, no se habló en Burdeos más que de la hermosa española. A la primera carta amorosa que recibió no volvió á pasearse más que por el jardin. Diard, por su parte, estuvo afortunado en las aguas; ganó trescientos mil francos en dos meses, y no se cuidó de enviar dinero á su mujer; quiso guardar mucho para jugar aún fuerte. Al terminar el último mes, llegó á las aguas el Marqués de Montefiore, precedido por la celebridad de su fortuna, de su bella figura, de su ventajoso casamiento con una ilustre inglesa, y más que todo, por su aficion al juego. Diard, su antiguo camarada, quiso esperarle allí, con intencion de despojarle como á los demás. Un jugador en posesion de cerca de cuatrocientos mil francos está siempre en una posicion desde donde domina la vida, y Diard, esperando estar de vena, reanudó relaciones con Montefiore; éste le recibió friamente, pero jugaron, y Diard perdió cuanto tenia.

— Mi querido Montefiore, dijo el antiguo jefe de cuartel, despues de dar la vuelta al salon apenas hubo acabado de arruinarse: yo os debo cien mil francos,

pero tengo el dinero en Burdeos, donde lo he dejado á mi mujer.

Diard tenia los cien billetes de Banco en su bolsillo, pero con el aplomo y el rápido golpe de vista de un hombre acostumbrado á aprovechar todos los recursos, fundaba aún sus esperanzas en los indefinibles caprichos del juego. Montefiore habia manifestado deseos de ver Burdeos. Pagando la deuda, Diard se quedaba sin un cuarto, y no podia tomar la revancha. Una revancha resarce á veces de todas las deudas precedentes. Pero todas estas ardientes esperanzas dependian únicamente de la costestacion del Marqués.

— Espera, querido, dijo Montefiore; iremos juntos á Burdeos. En conciencia, soy bastante rico hoy para tomar el dinero de un antiguo compañero.

Tres dias despues, Diard y el italiano estaban en Burdeos. El uno ofreció la revancha al otro. Y sucedió que una noche en que Diard comenzó por pagar sus cien mil francos, perdió otros doscientos mil bajo palabra. El provenzal estaba alegre como un hombre acostumbrado á tomar baños de oro. Acababan de dar las once el cielo estaba soberbio; Montefiore delo experimentar, lo mismo que Diard, la necesidad de respirar al aire libre y de dar un paseo para reponerse de sus emociones

Este le propuso venir á su casa á tomar el dinero y una taza de té.

— ¿Pero la señora Diard?... dijo Montefiore.

— ¡Bah! replicó el provenzal.

Bajaron ambos; pero ántes de tomar el sombrero, entró Diard en el comedor de la casa en que estaba y pidió un vaso de agua; mientras se le preparaban se paseó de un lado para otro, y pudo sin que le viesen, coger uno de esos cuchillos pequeños de acero, puntiagudos, con mango de nácar, que sirven para cortar las frutas de postre, y que no habia sido colocado aún en la mesa.

— ¿Dónde vives tú? preguntó Montefiore en el patio. Es preciso que envíe el coche á tu puerta.

Diard dió perfectamente bien las señas de su casa.

— Tú comprendes, le dijo Montefiore en voz baja, tomándole del brazo, que mientras yo esté contigo nada tengo que temer; pero si vuelvo solo y un pillo me sigue, haré negocio matándome.

— ¿Pues qué llevas encima?

— ¡Oh! casi nada, replicó el desconfiado italiano. No tengo más que mis ganancias. Sin embargo, pueden hacer la fortuna de un miserable, el cual tendria con ella

para el resto de sus dias una patente de hombre honrado.

Diard conducia al italiano por una calle desierta, donde se habia fijado en una casa cuya puerta estaba al extremo de una especie de avenida con árboles, y cercada de altas murallas muy sombrías. Llegando á este punto, tuvo la audacia de rogar militarmente á Montefiore que fuese adelante. Montefiore comprendió á Diard y quiso acompañarle. Entonces, apenas ambos pusieron el pié en la avenida, Diard con la agilidad del tigre tumbó al Marqués echándole la zancadilla, le puso el pié al cuello y le hundi6 repetidas veces el cuchillo en el corazon, donde se quebró la hoja. Despues registró los bolsillos de Montefiore quitándole la cartera, el dinero, todo. Aunque Diard se despachó con rabia lúcida con una ligereza de ratero, aunque hubo sorprendido con mucha habilidad al italiano, Montefiore tuvo tiempo de gritar: « ¡Al asesino, al asesino! » con voz clara penetrante que debió remover las entrañas de la gente dormida. Sus últimos suspiros fueron gritos horribles. Diard ignoraba que al momento de entrar ellos en la avenida, una oleada de personas que salian de los teatros despues de acabada la función se encontraron en lo alto de la calle

y oyeron el estertor del moribundo, por más que el provenzal trató de ahogar la voz, apoyando con más fuerza el pié sobre la garganta de Montefiore, é hizo cesar gradualmente los gritos. Este gentío, pues, se echó á correr en direccion de la avenida, cuyas rectas murallas, repercutiendo los gritos, le indicó el sitio exacto en que se cometia el crimen. Sus pasos sonaron en el cerebro de Diard; pero no habiendo perdido aún la cabeza, el asesino abandonó la avenida y salió á la calle, andando despacio, como un curioso que se hubiese convencido de la inutilidad de todo socorro. Hasta se volvió para calcular bien la distancia que podia separarle de los recién llegados, y los vió precipitarse en la avenida, á excepcion de uno de ellos, que por una precaucion muy natural, se puso á observar á Diard.

— ¡ Es él ! ¡ es él ! exclamaron las personas que habian entrado en la avenida, cuando vieron á Montefiore tendido, cerrada la puerta de la casa, y cuando hubieron registrado sin hallar al asesino.

Apenas hubo estallado este clamoreo, Diard, que tenia la delantera, se vió con la energia del leon y los saltos del ciervo, y se puso á correr, ó mejor dicho, á volar. Al otro extremo de la calle vió ó creyó ver una masa de gente; y entonces se ar-

rojó por una calle transversal; pero ya se abrían todas las ventanas, y en cada ventana surgían caras, saliendo de cada puerta gritos y resplandores. Y Diard continuaba escapando, yendo delante de su propio, corriendo en medio de las luces del tumulto, sin poder, no obstante, sujetarse á las miradas que abarcaban la extensión ántes que él pudiera salvarla con su carrera. Habitantes, soldados, gendarmes, todo se puso en movimiento en el barrio en un abrir y cerrar de ojos. Los oficiales despertaron á los comisarios, que dándose otros guardando el cuerpo. El rumor iba volando, no sólo hácia el fugitivo que le arrastraba consigo como una llama de incendio, sino hácia el centro de la ciudad, donde estaban los magistrados.

Diard tenía todas las sensaciones de un sueño al oír una población entera que aullaba, corría y temblaba. No obstante conservaba sus ideas y su presencia de ánimo, y se limpiaba las manos á lo largo de las paredes. Finalmente, pudo llegar al muro del jardín de su casa, creyendo haber hecho perder la pista á sus perseguidores; se vió en un sitio perfectamente silencioso, donde sólo llegaba aún el lejano murmullo de la ciudad, parecido al murmullo del mar. Tomó agua de un arroyo y bebió. Viendo un montón de ripio, ocu-

en él su tesoro, obedeciendo á uno de esos vagos presentimientos que tienen los criminales en el momento en que, no teniendo ya la facultad de juzgar el conjunto de sus actos, se ven obligados á fundar su inocencia sobre alguna falta de pruebas. Hecho esto, cuidó de tomar una apariencia placida, trató de sonreír, y llamó suavemente á la puerta de su casa, creyendo no haber sido visto de nadie. Levantó los ojos y percibió á través de las persianas la luz de las bujías que alumbraban la habitación de su mujer. Entonces, en medio de su turbación, las imágenes de la vida dulce de Juana, sentada entre sus hijos, vinieron á chocar contra su cráneo como si hubiese recibido un martillazo. La doncella abrió la puerta, que Diard cerró vivamente de un puntapié. En este momento respiró; pero notando que estaba bañado en sudor permaneció en la sombra y mandó á la criada ir donde su señora. Se limpió el rostro con el pañuelo, se arregló el traje como un fátuo que se compone ántes de entrar en casa de una mujer hermosa, y después se puso á la luz de la luna á examinarse las manos y palparse la cara. Tuvo un movimiento de alegría al ver que no tenía ni una mancha de sangre, á causa sin duda de haberse verificado el derrame en el cuerpo de su víctima. En esta compos-

tura de criminal gastó algun tiempo. Subió, pues, donde Juana, con aspecto tranquilo, reposado, como aquel que viene á acostarse despues de haber ido al teatro. Subiendo los peldaños de la escalera, pudo reflexionar sobre su posicion, y la resumió en dos palabras: salir y ganar el puerto. No pensó estas ideas, las vió escritas en la sombra con letras de fuego. Una vez en el puerto, debía ocultarse durante el día, volver para buscar su tesoro por la noche, meterse despues como un raton en el fondo de la sentina de un buque, y partir sin que nadie sospechase que estuviese en el barco. Para todas estas operaciones se necesitaba ante todo dinero, y él no tenia nada. La camarera vino á alumbrar.

— Felicia, la dijo; ¿no oís un ruido en la calle y gritos? Id á saber la causa, despues me la direis...

Vestida con su blanca bata de noche estaba su mujer sentada á una mesa, y hacia leer á Francisco y á Juan en un Cervantes español en que los dos seguian el texto mientras ella le pronunciaba en alta voz. Paráronse todos tres y miraron á Diard que permanecía de pié con las manos en los bolsillos, asombrado acaso de hallarse en la calma de esta escena, tan suave de luz, embellecida por las figuras de esta mujer y de estos dos niños. Era un cua-

dro vivo de la vírgen entre su hijo y San Juan.

— Juana, tengo que decirte una cosa.

— ¿Qué ocurre? preguntó ella adivinando por la amarillenta palidez de su marido la desgracia que siempre estaba temiendo.

— No es nada; pero quisiera hablarte... á tí... sola.

Y miró fijamente á sus hijos.

— Queridos míos, id á vuestro cuarto y acostaos, dijo Juana. Rezad vuestras oraciones solos.

Los dos niños salieron en silencio y con esa obediencia exenta de curiosidades, propia de los niños bien criados.

— Mi querida Juana, continuó Diard con voz acariciadora, yo te he dejado poco dinero, y ahora lo siento infinito. Oye, desde que te quité los cuidados de la casa señalándote una pension, ¿no has hecho, como hacen todas las mujeres, algunos ahorros?

— No, contestó Juana, no tengo nada. No habeis calculado los gastos de la educacion de vuestros hijos. Yo no os hago ningun reproche, amigo mio, y no os recuerdo esta omision más que para explicaros el porqué no tengo dinero. Todo lo que me habeis dado ha servido para pagar los profesores y.....

— ¡Basta! exclamó Diard bruscamente,

¡Mil rayos! El tiempo es precioso. ¿No teneis alguna alhaja?

— Bien sabeis que no las he gastado jamás.

— ¡Es decir que no hay un cuarto en esta casa! exclamó Diard frenético.

— ¿Porqué gritais? dijo ella.

— Juana, prosiguió él, acabo de matar a un hombre.

Juana saltó hácia el cuarto de sus hijos y volvió despues de haber cerrado todas las puertas.

— Que no oigan nada vuestros hijos, dijo ella. ¿Pero con quién habeis podido batiros?

— Con Montefiore, contestó.

— ¡Ah! dijo ella, suspirando, era el solo hombre á quien teniais el derecho de matar.....

— Muchas razones exigian que muriese á mis manos. Pero no perdamos el tiempo ¡Dinero, dinero, dinero, en nombre de cielo! Yo puedo ser perseguido. No nos hemos batido, le he..... matado.

— ¡Matado! exclamó ella. ¿Y cómo?.....

— Pues, como se mata: él me habia robado toda mi fortuna al juego, y yo se la habia tomado. Vos debiais, Juana, mientras que todo está tranquilo, y puesto que no tenemos dinero, ir á buscar el mio en el monton de piedras que sabeis; ese monton que está al extremo de la calle.

— Vamos, dijo Juana, le habeis robado.

— ¿Qué os importa esto? ¿No es necesario que yo me vaya? ¿Teneis dinero? Me siguen la pista.

— ¿Quién?

— Los jueces.

Juana salió y volvió bruscamente.

— Tomad, dijo ella, alargándole á distancia una joya: esta es la cruz de doña Lagounia. Tiene cuatro rubis de gran valor, segun me han dicho. Idos, marchaos, marchaos..... marchaos, pues.

— Felicia no vuelve, dijo él con estupor. ¿La habrán detenido?

Juana dejó la cruz al borde de la mesa, y se lanzó hácia las ventanas que daban á la calle. Allí vió, á la luz de la luna, soldados que se collocaban con el mayor silencio á lo largo de los muros. Volvió, afectando serenidad, y dijo á su marido:— No teneis un minuto que perder, es necesario huir por el jardín. Aquí teneis la llave de la puerta pequeña.

Por un resto de prudencia fué ella á dar un vistazo al jardín. En la sombra, bajo los árboles, distinguió entonces algunos resplandores producidos por el borde plateado de los sombreros de los gendarmes. Oyó tambien el vago rumor de la muchedumbre, atraida por la curiosidad, y que

un centinela contenia en las diferentes bocacalles por las que afluia.

En efecto, Diard habia sido visto por las personas que se habian asomado á las ventanas. Bien pronto, siguiendo sus indicaciones y las de la criada á quien se habia atemorizado y despues detenido, las tropas y el pueblo habian cerrado el paso de las dos calles en cuyo ángulo estaba situada la casa. Una docena de gendarmes, de vuelta del teatro, la habian cercado, y otros trepaban por encima de los muros del jardin y le registraban, autorizados por la flagrancia del crimen.

— Caballero, dijo Juana, ya no podeis salir. Toda la ciudad está ahí.

Diard corrió á las ventanas con la loca actividad de un pájaro encerrado que tropieza contra todas las claridades. Iba y venia á cada salida. Juana permaneció en pié, pensativa.

— ¿Dónde podria yo ocultarme? dijo él. Miró la chimenea, y Juana contempló las dos sillas vacías, donde hacia un momento que sus hijos estaban con ella. En este instante se abrió la puerta de la calle, y un gran ruido de pasos sonó en el patio.

— Juana, mi querida Juana, dadme, por favor, un buen consejo.

— Voy á daros uno, y á salvaros, dijo ella.

— ¡Ah! tú serás mi ángel bueno.

Juana volvió, alargó á Diard una de sus pistolas y volvió la cabeza. Diard no cogió la pistola. Juana oyó el ruido del patio, donde depositaban el cuerpo del Marqués para confrontarle con el asesino: se volvió y vió á Diard pálido, lívido. Este hombre se sentia desfallecer y queria sentarse.

— Vuestros hijos os lo suplican, le dijo ella, poniéndole el arma entre las manos.

— Pero, mi buena Juana, Juanita mia, tú crees que..... Juana, ¿tanto apremia esto?.... Yo quisiera abrazarte.

Los gendarmes subian los peldaños de la escalera. Juana tomó entonces la pistola, apuntó á Diard, le detuvo, á pesar de sus gritos, agarrándole por el cuello, le levantó la tapa de los sesos, y arrojó el arma al suelo.

En este momento se abrió bruscamente la puerta. El Procurador del Rey, seguido de un juez, de un médico, de un notario, los gendarmes, en fin, toda la justicia humana apareció.

— ¿Qué quereis? dijo ella.

— ¿Es este el señor Diard? respondió el Procurador del Rey, mostrando el cuerpo doblado en dos.

— Sí, señor.

— Vuestro vestido está manchado de sangre, señora.

—¿No comprendéis el porqué? dijo Juana.

Ella fué á sentarse á la mesita, donde cogió el volúmen de Cervantes, y permaneció pálida, con una agitacion nerviosa del todo interior, que trató de contener.

— Salid, dijo el magistrado á los gendarmes.

Despues hizo una señal al juez de instruccion y al médico, que se quedaron.

— Señora, en esta ocasion no podemos ménos de felicitaros por la muerte de vuestro marido. Al ménos, si la pasion le extravió, ha muerto como militar, inutilizando la accion de la justicia; pero por más que nuestro deseo sea el de no turbaros en semejantes momentos, la ley nos obliga á constatar toda muerte violenta. Permittednos cumplir con nuestro deber.

—¿Puedo cambiar de vestido? preguntó ella dejando el libro.

— Sí, señora, pero le traereis aquí. El doctor sin duda le necesitará....

— Acaso sea muy penoso para la señora oirme y verme operar, dijo el médico, quien comprendió las sospechas del magistrado. Caballeros, permitidla que permanezca en la habitacion inmediata.

Los magistrados dieron su aprobacion al caritativo médico, y Felicia pudo ir á servir á su señora. El juez y el Procurador

del Rey se pusieron á hablar en voz baja. Los magistrados son muy desgraciados, por verse en la obligacion de sospecharlo todo, de concebirlo todo. A fuerza de suponer malas intenciones y de comprenderlas todas para llegar al descubrimiento de verdades ocultas bajo los actos más contradictorios, es imposible que la práctica de su terrible sacerdocio no seque á la larga el manantial de las generosas emociones que á cada paso están obligados á poner en tela de juicio. Si los sentidos del cirujano que va registrando los misterios del cuerpo concluyen por estragarse, ¿qué no sucederá á la conciencia del juez obligado á sondear y registrar incesantemente los repliegues del alma? Primeros mártires de su mision, los magistrados caminan siempre con el duelo de sus ilusiones perdidas, y el crimen pesa sobre ellos tanto como sobre los criminales. Un viejo sentado sobre un tribunal es sublime, pero un juez jóven hace estremecer. El juez, pues, de instruccion era jóven, y se creyó obligado á decir al Procurador del Rey: «¿Creeis que la mujer sea cómplice del marido? ¿Es necesario actuar contra ella? ¿Sois de opinion que se la interrogue?»

El Procurador del Rey respondió levantando los hombros con aire indiferente.

— Montefiore y Diard, añadió, eran co-

nocidos por dos malas personas. La doncella no sabia nada del crimen. Dejémoslo así.

El médico operó á Diard, y dictó su proceso verbal al escribano. De repente se lanzó á la habitacion de Juana.

— Señora.....

Juana, que se habia quitado ya la bata ensangrentada, vino ante el doctor.

— Sois vos, dijo inclinándose al oido de la española, la que habeis matado á vuestro marido.

— Sí, señor.

— *Y de este conjunto de hechos, continuó dictando el médico, resulta para nosotros que el llamado Diard se ha dado él mismo la muerte voluntariamente.*

— ¿Habeis concluido? preguntó al notario despues de una pausa.

— Sí, dijo el escriba.

El médico firmó. Juana le echó una mirada, reprimiendo apenas las lágrimas que ligeramente la humedecieron los ojos.

— Caballero, dijo ella al Procurador del Rey; yo soy extranjera, española. Yo ignoro las leyes, yo no conozco á nadie en Burdeos, y os pido un gran servicio. Haced que me den un pasaporte para España.

— ¡Un momento! exclamó el juez de instruccion. Señora, ¿qué se ha hecho de la cantidad robada al Marqués de Montefiore?

— El señor Diard, respondió ella, me ha

hablado vagamente de un monton de piedras donde la escondió.

— ¿Dónde?

— En la calle.

Los dos magistrados se miraron. Juana dejó escapar un gesto sublime y llamó al médico.

— Caballero, le dijo al oido, ¿seré sospechosa de alguna infamia? ¡Yo! El monton de piedras debe estar al extremo de mi jardin. Id vos mismo, os lo ruego, ved, mirad, hallad ese dinero.

El médico salió, llevándose al juez de instruccion, y encontraron la cartera de Montefiore.

A los dos dias Juana vendió su cruz de oro para subvenir á los gastos de viaje. Yendo con sus hijos á la diligencia que debia conducirla á la frontera de España, oyó que la llamaban en la calle: su madre moribunda era conducida al hospital, y por la rendija de las cortinas de la camilla en que se la conducia percibió á su hija. Juana hizo llevar la camilla á una puerta cochera. Allí se verificó la última entrevista entre la madre y la hija. Aunque las dos hablaban en voz baja, Juan oyó estas palabras de despedida:

— Morid en paz, madre mia, yo he sufrido por todas vosotras.